

**¿quién
salvará
al
APRA?**
Orlando Contreras
de PRENSA LATINA

El último 28 de Julio, fiesta nacional peruana, el APRA lanzó una apelación patética: «(...) el golpe de estado constituyó una maniobra para contener la revolución democrática y genuina que el aprismo debía iniciar hoy! ...»

En efecto, de acuerdo al calendario electoral, Fernando Belaúnde Terry debía entregar el poder ese día al candidato electo un mes antes, y el APRA, en alianza con las fuerzas de ultraderecha del general (r) Manuel Odría, se consideraba vencedora de antemano. Pero el pronunciamiento del 3 de octubre de 1968 y el posterior desarrollo de los acontecimientos en el Perú, particularmente la nacionalización de la International Petroleum Company y la ley de reforma agraria, indican que la hora del APRA no ha llegado ni llegará jamás. La vieja jerarquía aprista, que jadea tras el poder desde hace treinta años, se da cuenta que esta vez son otros los militares que se le han adelantado en el Palacio de Pizarro y, lo que es más dramático para ellos, se percatan también que corren peligro de ser sepultados políticamente para siempre. Por eso sus diatribas contra el gobierno militar y ese penoso afán de darse ánimos: «El partido aprista ha superado muchos y duros contrastes. No teme a la adversidad actual porque ha visto desaparecer y hundirse muchos regímenes que se consideraron eternos y poderosos».

Luego, el APRA reclama para sí la paternidad de la reforma agraria y la

218 recuperación del petróleo y ofrece muestrario de todas sus bondades: partido de la «democracia económica y social», también de la «democracia municipal», «de las clases trabajadoras», de «la enseñanza gratuita» y «del pueblo. Por si algo quedaba en el sombrero, el documento saca a relucir su condición de partido «antimperialista» (!!) y reclama «elecciones libres» a los que han arrebatado al pueblo la capacidad de decidir su propio destino».

La rapsodia concluye: «Las usurpaciones pasan, el APRA queda. Leal a su *trayectoria*, el partido del pueblo renueva ante la ciudadanía su promesa de mantener su lucha principista por la democracia y la justicia, por la libertad y el pan».

Pero la *trayectoria* aprista no es santo de sacar en procesión. Fundada en México en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre, la «Alianza Popular Revolucionaria Americana» trató de inscribirse como una corriente «renovadora» del marxismo. Tres años más tarde, durante el Congreso Antimperialista mundial, celebrado en Bruselas en febrero de 1927, Julio Antonio Mella denunció los verdaderos alcances de esa «renovación». Luego señaló la necesidad de «precisar el carácter de elementos pequeños burgueses y burgueses, divorciados del proletariado que tienen los 'apristas' y de los cuales es representante su ideología».

En 1931, el APRA corta sus alas latinoamericanas y se inscribe como

un partido peruano más, y su «líder» intenta, sin éxito, disputarle electoralmente la presidencia al general Sánchez Cerro, quien había derrocado a Leguía un año antes.

En 1932, se produce en Trujillo, capital del departamento de la Libertad, una verdadera sublevación popular contra Sánchez Cerro, a cuyo frente se pone un dirigente obrero aprista, Manuel Arévalo, actuando por encima de la burocracia del partido, ausente por completo del teatro de las operaciones. Los sublevados, muchos obreros azucareros entre ellos, coparon las posiciones militares y mataron —se afirma que en combate— a toda la oficialidad de la plaza. Se enviaron refuerzos, y los insurrectos, sin apoyo en el resto del país, fueron derrotados. Los militares, brazo armado de la Oligarquía, se tomaron señuda venganza, y en Chan-Chan, centro azucarero, fusilaron a no menos de seis mil trabajadores.

El partido aprista, cuyos dirigentes habían conocido esporádicamente las cárceles, y no pocos militantes honestos las balas, se apropió de los muertos nortños para construir su mito.

Los militares, por su parte, también levantaron el suyo. Se juró el odio eterno al APRA, ritual que año tras año, el 7 de julio se ha renovado ante la tumba de los oficiales caídos en Trujillo.

El APRA se organizó en la clandestinidad y fue prendiendo en vientos

sectores populares. Abonaron el éxito su disfraz revolucionario, su encendida demagogia y la incuestionable capacidad organizadora y política de Hava. Otro factor que hay que tener en cuenta es el debilitamiento del Partido Comunista Peruano, luego de la prematura muerte (1930) de su fundador: José Carlos Mariátegui, y la instauración, cada vez con mayores acentos, de algunos métodos erróneos de dirección y trabajo político.

Por otra parte, la oligarquía y los militares no se detuvieron a hacer distinguos ideológicos profundos y vieron en el APRA su peor enemigo activo. La acción de las bases apristas justificaba ese encono, y el programa original del partido era, a los ojos de oligarcas y militares, un comunismo disfrazado... tal vez algo peor... Los cinco puntos del APRA —recordemos su gran capacidad confucionista y demagógica— decían: 1) Acción contra el imperialismo yanqui. 2) Por la unidad política de la América Latina. 3) Por la nacionalización de las tierras e industrias. 4) Por la internacionalización del Canal de Panamá. 5) Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo». Más tarde, Haya, perdidos los primeros ardores, le agregó el punto 6: «Acción conjunta de los pueblos de América para realizar el interamericanismo democrático sin imperio». De paso, le quitó al punto uno su especificación: «yanqui», porque el APRA «lucha

ba» ahora contra «todos» los imperios, a la cabeza de los cuales estaba el «imperialismo» comunista... También cambió la «unidad política de América Latina» por «unidad continental», metiendo al imperialismo yanqui y los pueblos de Latinoamérica en el mismo saco. Por último, le quitó filo a la amenaza de nacionalización, agregando la especificación de «progresiva»...

La oligarquía y los militares peruanos, por razones de su nivel de desarrollo y también por las mismas contingencias de la lucha política, combatieron al APRA como al peor azote. El imperialismo por el contrario, comprendió rápidamente las posibilidades que ese partido confucionista ofrecía.

En 1945, llega a la presidencia con apoyo aprista Luis Bustamante y Rivero. Tres años después, presionado por la oligarquía y los militares (el juramento del 7 de julio) desafiara al APRA. El golpe es inminente. La dirigencia aprista organiza uno, pero cuando se produce el alzamiento de un sector de la marinería de El Callao —el principal puerto peruano, contiguo a Lima— ni Haya ni sus adláteres asumen su puesto. Odría, ministro de gobierno de Bustamante y Rivero, se levanta en Arequipa, y gracias a la zozobra de los jerarcas apristas, que traicionaron nuevamente a las bases, se apodera del gobierno. Haya corre a guarecerse a la embajada de Colombia, y allí se queda seis largos años, engordando y agregán-

220 dole nuevos condimentos a su «teoría». Odría lo reclama como «criminal de guerra», pero en 1954 se le otorga salvoconducto y viaja a México. Durante esos seis años, Haya «radicaliza» sus posiciones, y si antes le hace el juego al imperialismo en forma disfrazada, ahora comprende la «inevitabilidad» de una asociación con Estados Unidos.

Su primera gestión en México es en la ORIT (Organización Regional Interamericana del Trabajo), filial de la AFL-CIO. De ahí nace la estrecha vinculación del APRA con las organizaciones sindicales amarillas y proyanquis. Ahí también coge escuela el aprismo para crear un aparato sindical corrompido y colaboracionista. Cuando el período «constitucional» de Odría finalizaba (se hizo elegir, luego del golpe), y la misma oligarquía estaba saturada por el clima policial, el aprismo ya tenía madura su estrategia: volver a la legalidad a cualquier precio, pagar sus pecados de juventud y lograda la venia de la oligarquía y el perdón de los militares, optar por el poder en el siguiente período. En base a esos cálculos, olvidaron los agravios que desde 1939 al 45 les hiciera Manuel Prado Ugar-teche, un oligarca de vieja prosapia a quien acusaron de «corrompido», y le ofrecieron su apoyo electoral a cambio de la ansiada legalidad. Con el voto aprista, Prado ganó las elecciones, logrando 540 mil sufragios. Belaúnde, que emergía como la carta del reformismo, obtuvo 43

mil votos y el candidato de Odría, Hernando de Lavalle, apenas logró 73 mil. Se inauguraba de esta forma el período de la «convivencia». El APRA puso a disposición de la oligarquía y del imperialismo no solamente su fuerza parlamentaria sino toda su maquinaria sindical, a cambio de la legalidad y algunos raquíticos aumentos de sueldos. A esta altura, muchos jefes apristas habían devenido en prósperos comerciantes, profesionales liberales e incluso, industriales. Casi al término de su interrumpido mandato, Prado nombró Primer Ministro de su gobierno a Pedro Beltrán, otro viejo enemigo del APRA y magnate algodonero, quien presentó al Congreso un proyecto de... reforma agraria. Todo era posible en la «convivencia».

Los seis años de Prado transcurrieron. Por fin, el 10 de junio de 1962, pareció llegar el día tan ansiado por Víctor Raúl Haya de la Torre. Junto con él, se presentaron a las elecciones presidenciales Pedro Beltrán, Fernando Belaúnde y... el general Manuel Odría. A fines de junio, tras un escrutinio increíblemente lento, la ventaja, muy ligera, parecía favorecer al viejo caudillo. La atmósfera se cargó con presiones golpistas. La maldición del 7 de julio se alzaba frente a Haya como un conjuro indestructible. Decididamente los militares en activo lo vetaban. Optó entonces, a cambio de seguir disfrutando de la legalidad, retirarse en beneficio de Odría. Pero era tarde:

el 18 de julio los militares expulsaron al enjuto presidente Prado, más hecho a la vida parisina que a los climas putschistas, y anularon las elecciones.

Sin embargo, esta vez los motivos que tuvieron los militares para vetar a Haya de la Torre fueron mucho más sólidos que un obstinado juramento: en la misma medida en que el APRA se había esclerotizado como un partido de derecha, aires desarrollistas modernos ventilaban los uniformes. El papel pasivo de mero instrumento de la oligarquía no cuadraba a las nuevas promociones, tan interesadas en la economía, la sociología y la estrategia política como en el arte militar. Se habían invertido los términos: el aprismo abandonó su original posición antioligárquica y reformista para instalarse abiertamente junto a la reacción más recalcitrante; el ejército, por el contrario, soltó sus viejas amarras y reclamó para sí un papel activo en la transformación de un país estancado. El CAEM (Centro de Altos Estudios Militares, fundado en 1952) y el Servicio de Inteligencia del Ejército han jugado un papel muy importante en la formación de esa nueva conciencia.

En el plano externo, influye en los militares jóvenes una nueva realidad latinoamericana, convulsa, con un dramático reto: o las anquilosadas estructuras se remozan, o la revolución violenta no puede ser por más tiempo aplazada. 1959, con el triunfo

de la rebelión en Cuba, señala el inicio de una nueva época en América, de la cual es muy difícil sustraerse.

La Junta, sin embargo, no pasó de realizar los primeros aprontes en un proceso de concientización que sacudía a sectores del ejército, y en 1963 convocó a elecciones, con la certeza del triunfo de Belaúnde Terry, un reformista en la línea de la Alianza para el Progreso que en ese momento parecía interpretar las inquietudes de los militares. (Lo derrocaron, cinco años más tarde, justamente porque no las interpretó.) El APRA volvió a ser postergada, y cerró alianza con la Unión Nacional de Odria, que ya no consideraba al desgastado Haya «criminal de guerra», como en 1948. Los muertos apristas bajo el odriismo fueron mutuamente perdonados...

Durante el gobierno de Belaúnde, el APRA estrechó filas con la oligarquía y los intereses norteamericanos. Se opuso a que en el proyecto de reforma agraria presentado al Congreso se incluyeran los latifundios azucareros, pactó con la IPC, participó en el saqueo público, afinó una aristocracia obrera incondicional y todavía le quedó habilidad para seguir adelante con una demagogia casi sin asidero en la realidad. De todas formas, en parte porque muchos viejos apristas de base siguieron siendo fieles al mito y venerando a un «jefe» que dirigía desde el Olimpo de la vía Venetto, en Roma; en parte porque se atrajo a sectores

222 de la pequeña burguesía más reaccionaria, y también, por la posibilidad de reparto de puestos públicos o participación en cuanto negocio turbio se presentaba, el APRA siguió siendo un partido mayoritario en el Perú.

Así estaban las cosas cuando Belaúnde Terry salió en pijama rumbo al aéreo puerto para desayunar en Buenos Aires, el 3 de octubre de 1968. Las esperanzas de junio volvieron a convertirse en pompas de jabón. Y ya el «jefe» es septuagenario. Definitivamente, no tendrá una última oportunidad.

Pero parece que el APRA sucumbirá con él.

El general Velasco Alvarado anunció el 28 de julio el proyecto de una nueva constitución, que daría el derecho a voto a los analfabetos. Esto, más la promesa de *abandonar* el poder a mediados de esta década, son señales evidentes de que se piensa institucionalizar el golpe, previa creación de un aparato político —un partido— que garantice la continuidad de la acción emprendida. Pero para crear un partido realmente mayoritario en el Perú, hay que desactivar el APRA, liquidando sus falsos mitos, poniendo al descubierto su complicidad con la oligarquía y los intereses anti-peruanos.

La Junta encamina sus pasos por ese derrotero. En primer término, la nacionalización de la IPC, la reforma agraria, la ley de aguas, la anuncia-

da ley de empresas y toda la gama de reformas que han emprendido o tienen en carpeta los militares peruanos, ha dejado al APRA sin banderas, aunque sólo sirvieran para uso puramente publicitario.

Paralelamente, los militares están asediando los bastiones del sindicalismo amarillo aprista, sobre todo en la Federación Azucarera, cuyo secretario general, Roger Aguilar, dijo el sábado 12 de julio: «Esto, en ninguna parte del mundo es reforma agraria: es una simple estatización en favor de un grupo burocrático». Coincidía así con un pronunciamiento de los dueños de centrales afectados por la reforma y con la Sociedad Nacional Agraria. Pero, fundamentalmente, no hacía sino repetir la declaración de su partido (el aprista) el 7 del mismo mes: «Nos encontramos frente a un proceso no de cooperativización sino de estatización, y, quizá, de militarización».

La dirigencia aprista se ha dado cuenta de los riesgos que corre cuando se desbaratan sus redes sindicales y el campesino comience a participar en la vida económica del país. Por eso, el 19 de julio, el Secretario General del partido, Armando Villanueva —un asiduo de la embajada yanqui— dijo que contra el APRA se había lanzado «la ofensiva más fuerte de su historia». Y tiene razón.

Reducidas al mínimo sus posibilidades de maniobra, el APRA parece estar buscando una salida desespe-

rada: la persecución, el destierro, tal vez un par de víctimas que pudieran apuntalar el mito que se viene abajo sin estruendo ni gloria. Pero los militares no caen en la trampa a pesar del tono subido de las provocaciones: «comunistas y agentes extranjeros así como sectores radicales y oportunistas han desatado una campaña contra el APRA que sus miembros no permitirán que continúe» (Armando Villanueva, el 19-7-69).

Mientras el APRA vocifera, partidos con mejores perspectivas, como el Demócrata-Cristiano y el ala seonista de Acción Popular —que abandonaron a Belaúnde en vísperas del golpe— han dado su apoyo a los militares, sin pedir nada por ahora. Tal vez, se les tenga ésto en cuenta cuando se vertebre una nueva organización política que corresponda a los cambios estructurales que se están poniendo en práctica, y conjugue estos

con el funcionamiento de una «*democracia económica que tiende al máximo de equilibrio entre las clases sociales*» (general Morales Bermúdez, ministro de economía y finanzas, la última semana de julio en Roma).

El último timonazo de Haya de la Torre en busca del camino salvador, ha sido un anuncio de purga en la dirección del partido y la próxima incorporación de «promociones juveniles». Pero este empeño tardío produciría el mismo efecto de una anciana con minifalda.

Un *slogan* aprista repetido desde los años treinta dice: «Sólo el APRA salvará al Perú.» Cabría preguntarse ahora quien va a salvar al APRA. Y si no se salva, los militares peruanos pasarían a la historia por haber nacionalizado la IPC, por haber promulgado una ley de reforma agraria radical y por haber liquidado al APRA.

